

HPR/123

Bestiario búlgaro, por Mario Arteca, Ediciones Vox, Bahía Blanca, 2004.

Aunque no parezca el tipo de pregunta que se le haría a un libro de poemas, surge de inmediato esta interrogación prosaica: ¿qué quiere decir *Bestiario búlgaro*? No como si hubiera una intencionalidad, por supuesto, sino tan sólo desde el punto de vista del título, como si dijéramos: ¿qué quiere decir “bestiario”?; o bien: ¿por qué Bulgaria? La misma imagen de la audaz edición de Vox invita a una contemplación de su enigma, antes aun de abrir el broche que encierra en cartulina naranja el pequeño volumen alargado. Vemos allí unos seres con cabezas de animales, tótems, figuras del Bosco. Adentro, en la tapa propiamente dicha, se yergue una de estas figuras en posición de declamación, pero la mano en el corazón sostiene además una especie de estola que es en verdad la piel del animal cuyo perfil de hocico ganchudo ocupa el lugar del rostro. El recitador que suponemos con cabeza de oso hormiguero aparece contra un fondo de letras manuscritas en alfabeto cirílico. ¿Acaso todo esto nos anunciaría un exotismo, una Bulgaria como desfile de atracciones armado para el visitante? Los poemas nos van a desmentir, al menos en parte.

En *Bestiario búlgaro*, Europa oriental, reducida a sus marcas menos elocuentes, a nombres propios, lugares, personajes sin mucho detalle, permite decir lo más cercano desde la máxima distancia. No podría confundirse con un libro biográfico. Tampoco el apellido de Arteca, si es preciso decirlo, parece tener resonancias del Adriático o el Danubio. Sin embargo, se relaciona con un procedimiento precisamente argentino. Pienso en *Austria-Hungría* de Perlongher o en la aparición de los Tadeys en la nieve acaso rusa de Osvaldo Lamborghini. Lo

HPR/124

aparentemente exótico se enrarece entonces, simula encerrar una clave aunque quizás no exista, no pueda existir. ¿Existe Bulgaria, existe Yugoslavia? Pero, ¿acaso no es lo mismo preguntarse: existe Argentina? Lo que insiste, si pensamos que la existencia exterior sigue siendo indemostrable, son los nombres, que en el libro de Arteca abundan: Oslobodenje, Kafallo, Dimitrov, Devnia, Andro, Plovdiv, Bansko, Struma. Como notas de un color que se aplicara de manera abstracta, geométrica, sobre un cuadro figurativo, sobre el caos de la representación, los nombres que remiten a ese margen de Europa, o más bien al imaginario que los reúne en una constelación de transliteraciones de un alfabeto desconocido, imponen orden en los poemas de Arteca. Hay alguien que tiene un nombre en un lugar que tiene un nombre, entonces algo se percibe, algo pasa. Al menos el cálculo del ritmo, la rareza idiomática de ciertas frases violentamente encabalgadas no flotan en el aire, no vuelan hacia ningún lirismo. No se trata de espíritus búlgaros, yugoslavos o rusos convocados a una sesión por medio de un mecanismo repetitivo; son cuerpos, que antes de ser cadáveres perciben, piensan o alucinan algo, cuerpos dados en puntos dados del planeta. Puntos donde se da la miseria o el desasosiego bajo formas estadísticas o de política internacional, por ejemplo, cuando leo: “Relevantes, ausentes/ en la mayoría de los hijos/ una asfixia elimina mi sosiego:/ se pulverizó la siembra.” Y más adelante: “Ahora el color del aire que ladea/ el Struma aprieta en forma fiel/ mi cara de hongo. No tienen,/ veces que sí, frío: ellos.”

Los cuerpos, entonces, anclados en el nombre, están dados también en el tiempo. Aunque no en el tiempo de la historia, de las fechas, sino en el tiempo del desgaste físico, de la entropía que irreversiblemente conduce al equilibrio final del sistema, o sea la muerte. Así la misma oxigenación, el mismo acto de respirar añaden más conciencia de ese desgaste que afecta tanto al cuerpo como al mundo químicamente alterados. Leo: “Nuestra débil propina de monóxido/ se agrega desde afuera, en pausas,/ sentimos cómo arriba y abajo/ cada astilla se reintegra a la carne// y todo sufrimiento a la bocanada.” El monóxido exhalado es prueba de mortalidad y se une a otros restos, sobras que buscan licuarse, pero que finalmente se acumulan,

HPR/125

contaminan lo que tocan. Y cuando a los cuerpos les falta el calor en medio del hielo invernal, se acarrea materia combustible y el carbón de piedra, entre otras cosas, agregará su residuo al aire, como el petróleo quemado por los barcos cargueros deja su huella en los ríos de la cuenca danubiana.

Sin embargo, algo en *Bestiario búlgaro* se resiste a confirmar la desaparición de los cuerpos. Por un lado, como dijimos, la insistencia de los nombres, alegando una visión particular, cierta lucidez sobre el funcionamiento del mundo, como el nombre de Canetti que desde el limbo de los grandes autores le advierte con suspicacia a un artista del *objet trouvé* que acaso olvida la fatalidad de los hallazgos. Por otro lado, qué sería el aspecto material de lo anterior, se trata de un libro sobre la escritura. Los nombres se recuerdan como cifra de una huella, escrita o abandonada. Desde la noticia de un diario en medio de la crisis hasta el contorno de una miniatura bizantina que se percibe como rastro de algo, las huellas inciden en el presente registrado, dicho. A veces la misma fragilidad de la huella, dejada como al descuido por alguien o por una época o un conjunto organizado, parece protegerla de la destrucción, mientras que los grandes monumentos, los más voluntariosos anhelos de perduración se precipitan en la ruina. Recordemos, fuera del libro de Arteca aunque como posible fondo de estas imágenes traspoladas de Europa oriental, a los colosos del camarada Stalin cuyos pedazos se arrojaron en la estepa o acaso sirvieron para supuestos proyectos artísticos del reciclaje, alternativos de un mercado inexistente.

Pero más allá de la dialéctica entre el desgaste inexorable y el rastro que resiste, la escritura aparece de modo concreto incluso en la curiosa forma de los versos y las frases de Arteca, que lo alejan de cierto manierismo del significante para acercarlo al ingenio del concepto. Si bien los aparentes retruécanos parecen detenerse a cada paso en la textura, en la superficie de las palabras, aun así, está lo dicho, lo transcrito por ignotos “polígrafos de crónicas profanas” - un endecasílabo con un juego de aliteraciones digno de Rubén Darío - a quienes les cae la amonestación de un arte poética remota: “no te vayas/ en falsas promesas: afina el trazo/ que te apetezca”. La anónima contratapa del libro cita tres frases y las califica de tales. ¿Son frases

HPR/126

nada más? La conjetura de esa contratapa es que acaso remitan a otras frases. Pero esa hipótesis se queda en la primera estación de *Bestiario búlgaro*, en el ingenio y el ritmo contado, en la selección inusual de algunas palabras, no llega a tocar lo que en épocas barrocas llamaban la sustancia del retruécano, su materia. Se puede decir que el oxígeno que respiramos para vivir es también prueba de la oxidación que consumirá nuestro cuerpo, pero además del ingenio, la agudeza en el decir, está el hecho de que efectivamente es así: nadie que no tenga un cuerpo puede estar leyendo estos versos - es sabido que los muertos escriben pero no leen - y quien lee percibe el tiempo que pasa y su propio paso. Como íconos desdibujados de ese paso, los idiomas contienen nombres propios cuya falta de significación general permite conservar la ilusión de que no se está muriendo al respirar, es decir, al leer. Arteca escribe: “Después de todo el color local/ será un mismo sitio donde dormir/ luego de muerto.” Entre tanto, habrá óxido, algo de carne, energía arrebatada a los otros, hasta de los difuntos que se leen con la avidez de un compulsivo predador. Así en Arteca, como emblemas de un mecanismo de movimiento perpetuo pero que funcionara a costa de organismos, aparecen insectos que se devoran entre sí, comidos por sapos, cazados a su vez por ratas o pájaros, hasta llegar a los dueños de los nombres, en ocasiones arrojados a la intemperie por sus congéneres o encerrados para que mueran contemplando la fauna a mano.

Sin embargo, aunque parezca tener iguales resultados que el desgaste, la predación implica en cambio un constante reinicio de las cosas, y de alguna manera, aun sin que supongamos este consentimiento en el autor - al fin y al cabo es un nombre -, el lenguaje señala la intensidad del eterno retorno, la repetición incesante bajo la forma de los nombres y su posibilidad de reiteración. Si puedo decir Plovdiv, Dimitrov, lo mismo que Canetti o Simic, sonidos y letras sin otro sentido que la indicación de alguien probablemente inexistente, entonces no toda huella se habría de consumir, no toda la materia entra en combustión. Al menos en el reino de las palabras, donde ejecuta su ritmo Mario Arteca, el insecto no se pierde del todo entre las manos de la mantis en oración. ¿Será la poesía también la prueba o la resistencia opuestas contra el alegato de la comunicación entrópica de los idiomas, tan

HPR/127

mortales como nosotros? La discreta inactualidad del fraseo de Arteca, acentuada por el imaginario de otra geografía, parece indicar que su modelo no es el habla, la naturalidad de lo que muere, sino el plumazo, la chispa que una mano encuentra sobre algún papel y que hace prender por una hora el carbón del idioma, ¿quién puede decir que la luz no será visible de lejos y a muchos años de distancia?

Silvio Mattoni
Universidad de Córdoba, Argentina